

ALFAGUARA

Fogwill

La buena nueva

de los Libros del Caminante



Índice

[Portada](#)

[Prólogo de un autor](#)

[*El arte de la marcha...*](#)

[Epígrafe](#)

[Estar aquí](#)

[LA NUEVA](#)

[Decisión](#)

[El punto de partida](#)

[Papá](#)

[Mamá](#)

[El amor a la sabiduría](#)

[Saber](#)

[María Mercedes](#)

[El don de lenguas](#)

[Costa norte](#)

[El arte de conducir](#)

[El arte de la marcha](#)

[Atmósferas](#)

[La lluvia](#)

[Finanzas](#)

[Ser, estar, marchar](#)

[Off Broadway](#)

[Pieles](#)

[Auxilios](#)

[Obsequios](#)

[Penas del corazón](#)

[Tormentas](#)

[Cartas de amor](#)

[Redes](#)

[La partida final](#)

[Final](#)

[LA BUENA](#)

[Identidad, relatividad](#)

[Sentidos del sentir](#)

[Saber volver](#)

[Castings](#)

[La traducción](#)

[Retorno](#)

[País de ellos](#)

[Tema del caminante](#)

[La propiedad del mundo](#)

[Viento sur](#)

[Llovizna](#)

[A la luz](#)

[El camino](#)

[Los bordes del camino](#)

[El camino del habla](#)

[Biografía](#)

[Otros títulos del autor](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

Prólogo de un autor

Pérez Largo murió accidentalmente en San Pablo, el primer viernes de abril de 1982. Tenía cuarenta y cuatro años, diez más de lo que intenta insinuar en algunos fragmentos autobiográficos de su obra. Trabajaba como preceptor en el Liceo Francés de Brasil de aquella ciudad y llevaba una vida acorde con ese rango. Sin embargo, había acumulado una apreciable fortuna y ocupaba sus mañanas en administrarla meticulosamente. Con el mismo fervor reordenaba y ampliaba la colección de borradores que componían sus Libros del Caminante: algo más de un millar de páginas. El primero de ellos fue publicado en 1980 por la firma Supermercamping Norte y el escaso tiraje desapareció a poco de su presentación en casas de andinismo y de artículos para deportes. Aquel Primer Libro del Caminante pasó inadvertido para la poca crítica que entonces —como ahora— sobrevivía en el país. La excepción fue una reseña firmada por César Aira que se publicó en la revista Vigencia, una suerte de house organ de la Universidad de Belgrano. En media página, el comentarista se entusiasmaba: “Novela, más que buena, excelente. Hace pensar en una literatura distinta para Argentina. Es una especie de Shandy postcapitalista y sobre todo postpsicologista. Obra eterna y dichosa, como debe serlo toda buena novela”. Por esa publicación Pérez Largo tomó contacto con nosotros y vino a Buenos Aires para mostrarnos el resto de su obra. Nunca llegamos a establecer una amistad, pero un par de veces acepté sus invitaciones a Brasil para discutir la edición de sus libros y, durante un año, integré junto a Mercedes Roffé y Helena Losada el grupo encargado de la corrección del Primer Libro del Caminante. El libro ya estaba compuesto y en vísperas

de ser enviado a imprenta cuando llegó la noticia de la muerte del autor, y los editores desistieron del proyecto. Para el armado de la presente obra utilicé algunos capítulos de aquella versión. Casi sin excepciones, hice uso de fragmentos cuya redacción definitiva había estado a mi cargo y resultaban indispensables para la cabal interpretación de La buena nueva. Este título me pertenece. Por decisión de Pérez Largo, los derechos de autor de la novela también me pertenecen. Así lo entendieron los familiares del autor y el magistrado y los administradores judiciales de la sucesión Pérez Largo. A la gentileza de ellos habrá que agradecer la oportunidad de que esta obra vea finalmente la luz. Como autor debo un reconocimiento a Juan Forn, sin cuya diligencia y obstinación editorial La buena nueva jamás habría llegado al lector.

Rodolfo Enrique Fogwill
Invierno de 1990

El arte de la marcha se ha envilecido. Nada queda del valor y la grandeza de las maravillosas Cruzadas y las Romerías del medioevo, de las aventuras de conquista del Renacimiento y las colosales marchas de los ejércitos de los Andes y del Yenán, que contaron —fuerza es reconocerlo sin ánimos de ensombrecer la gloria de sus heroicos capitanes— con el auxilio de mulares y equinos. A las grotescas estudiantinas alemanas, pintadas no casualmente por el francés Romain Rolland y el suizo Hermann Hesse, que bastante grises fueron como cosas para merecer la rapacidad de esas plumas de buitres, siguieron los campings, a los que tan afectos siguen hoy los hombres del norte, y el jogging y el aerobio que, con el propósito de degradar las artes de la respiración, han comenzado por degradar las artes de la convivencia humana, invadieron ciudades y paseos con autómatas disfrazados que se desplazan invitando a sus semejantes a ese grotesco malestar de no entender la pasión del otro.

Pude haber dado a este libro la apariencia de un diario. La prensa comentó alguna vez que yo había colmado varios cuadernos con mis observaciones y aquel mito basta para dotar a mi supuesto diario de la verosimilitud que reclama este siglo de descreimiento. Como lo he hecho en todos los actos de mi vida, me atenderé también ahora a la verdad: este libro es sólo una colecta deshilvanada de recuerdos de aventuras, observaciones y reflexiones suscitadas por episodios de mis dos marchas por el mundo. La primera, entre 1964 y 1970, y la segunda, realizada entre 1972 y 1978, que concluyó a causa de los sonados episodios de Tokio, en los que me vi envuelto por la presuntuosidad de

nuestros diplomáticos sumada a la sed de notoriedad de algunas personas cuyo nombre, como dijera el gran manchego, "no quiero recordar" ni mencionar aquí para no manchar estas blancas páginas, dictadas sólo por amor a la verdad y por la certidumbre de que, al darlas a la prensa, estoy sembrando una enseñanza que encontrará terreno fértil en las almas, los espíritus y los corazones jóvenes de mi querida patria argentina.

Dedico este libro al Sindicato de Obreros y Empleados Municipales de Quilmes (SOEMQ), que apoyó mis marchas por el mundo y facilitó los medios para mi retorno de 1970. ¡Con cuánta belleza suena al oído la conjunción "Obreros y Empleados", como si los pioneros que fundaron esta maravillosa organización hubiesen vislumbrado el espíritu de encuentro sin diferenciaciones ni falsas banderías que anima hoy a funcionarios, dirigentes e interventores que conducen los destinos del querido SOEMQ!

José María Pérez Largo
Acassuso, julio de 1980

No es necesario que salgas de casa. Siéntate a tu mesa y escucha. Ni siquiera escuches, espera solamente. Ni siquiera esperes, quédate completamente solo y en silencio. El mundo llegará a ti para hacerse desmascarar (no puede dejar de hacerlo) y se prosternará extático a tus pies.

KAFKA

Estar aquí

Yo estaba en Mantaneda cuando la aparición de la Virgen. Impresionante: la prensa mundial se ocupó del milagro. Yo estaba allí, y mis amigos y mis parientes que me sabían en Mantaneda, creyéndolo un caserío de mala muerte, se habrán sorprendido al abrir el diario y ver que ¡zac! ¡Mantaneda al estrellato de los eventos mundiales! Fueron para mí días conmovedores los de la aparición de la Virgen. Cambió la vida del pueblito y yo me decía: allá en mi tierra, Quilmes, Buenos Aires, Argentina-Brasil, América del Sur, donde todos pensaban que yo era un ratón anclado en medio del fin del mundo, algunos andarán diciendo...

—¡José está allí!

Y...

—¿Dónde? —preguntarán otros.

—¡Allí, en Mantaneda del Porral, allí donde apareció la Virgen del Porral!

Y en mi piecita anexa al laboratorio astronómico que sostiene la UNESCO en las afueras de Mantaneda, cerca de la cima del cerro del Porral, me divertía imaginando esos diálogos que acabarían en una reflexión sin duda dolorosa para algunos, insignificante para otros, pero demarcatoria para todos: "Es cierto que ese ratón está justo donde apareció la Virgen y que siempre se las arregla para llamar la atención de una u otra manera, pero no por tantas apariciones y desapariciones va a dejar de ser alguna vez lo que siempre ha sido, porque no puede cambiar, y será siempre lo que ha sido y lo que nadie nunca ignorará que es: un ratón". Y yo me regodeaba con esos diálogos imaginarios y así me distraía del desorden en que la aparición de la Virgen sumió a aquella simpática comarca del Porral.

Aun hoy, pasados tantos años, mientras escribo mi *Tercer Libro del Caminante* que en la página que recién termina ha comenzado, sigo regocijándome con la evocación de lo que sentía al pensar en mis paisanos, en mi país, en mi ciudad, en mi círculo de familiares y conocidos, desde aquella lejana y hasta entonces ignota región subtropical, en aquellos perdidos días de mis perdidas marchas por el mundo.

Soy ateo, normalmente ateo, y mi ateísmo, consecuencia de un agnosticismo de fondo, es algo que difícilmente podré cambiar. Se cambia, sí, uno cambia a lo largo de la vida, pero hay cosas que no suelen cambiar y creo que una de las cosas que nunca cambiarán es mi no creencia en la existencia de Dios, pues no soy ateo hasta el extremo de creer en la no existencia de Dios, fe que los ateos suelen adoptar a causa de hábitos mentales inculcados en su infancia por los creyentes.

No oculto mi ateísmo, pero tampoco hago una bandera de esa particular religión que adopté después de años de reflexión sobre los orígenes y los fines de la vida mundana. En tanto ateo, no promuevo mi fe. ¡Si no hay un dios nada me impone la misión de difundir mi fe! Justifico a los creyentes que propagan su fe y, llegado el caso, me atrevería a justificar a quienes en aras de proteger su fe realizan actos que, si persiguiesen otros fines, repugnarían a la moral, pero no justifico a los ateos que promueven su creencia y, cuando tropiezo con algún propagandista de la fe en la no existencia de Dios, me tienta preguntarle:

—Si no hay Dios, ¿quién te manda a andar estorbando a la pobre gente y sus creencias, tan prácticas y bonitas?

Pero nunca los interpeleo: que vivan plenamente su camino y, si algo les ha trazado una ruta que los lleva a detenerse en cada posta de la vida a anunciar que no tienen nada que anunciar, que disfruten su algo, puesto que algún deleite han de hallar en eso. Me basta con no ser como ellos: yo me obstino en ser ejemplo para nuevas generaciones que aprenderán de mí, o que tendrán la oportunidad de aprender que el ateo debe evitar el mal, porque el ateo

sabe que la conducta de uno siempre es modelo de conducta para otros.

Por esta razón, como ateo que sabe que la conducta siempre es ejemplo, escribo y me atengo a la verdad. Un ateo no puede hacer el mal porque sabe que la gente toma modelos de los otros, y tarde o temprano el mal puede caer sobre sí mismo. Como ateo, hago un culto de la verdad: sin Dios, toda mentira que difunda acabaría atrapándose en una trama de mentiras, y yo sería mi propia víctima. Si mintiese, daría ejemplo a otros para plegarse al hábito de mentir, tan difundido entre algunos comerciantes. Y yo, cuando comparezco ante mi carnicero y reclamo un bife de cuadril, quiero cuadril, y por lo general obtengo cuadril. Pero, ¿y si mintiese? Si mintiese, pronto me vería por caso frente al mostrador donde se apilan pecetos, lomos, osobucos y costillares, oprimido por la necesidad de reclamar:

—Don Gómez, yo pedí cuadril... ¡esto es lomo!

Y:

—No, ¡usted me dijo lomo! —respondería él mirando a los clientes, su claqué de simpatizantes—. Todos ustedes oyeron que él pidió lomo, ¿no es verdad?

Y las simpatizantes repetirían con sus cabezas un movimiento uniformemente afirmativo frente al que mi reclamo de aprobación: —¡Todas saben que pedí cuadril!— fracasaría irreversiblemente, pues ninguna tomaría mi partido, porque en un mundo de mentirosos nadie toma el partido de quien está de paso, y una institución (y el mármol blanco y las carnazas y medias reses que decoran el local de don Gómez son una institución) pesa más que cualquier apelación a la verdad que un pobre cliente ocasional pueda formular. Entonces, aprovechando su posición privilegiada, diría don Gómez:

—Bien, esto es cuadril. ¡Lléveselo!

Y yo veré que es lomo y tal vez intente protestar, y más deseos de protestar me embargarán al confirmar que una vez más me han dado lomo por cuadril y lo han cobrado por lomo —que es más caro— obligándome a creer que era cuadril, mas deberé callar para no contradecir las ex-

pectativas de las buenas parroquianas del carnicero del barrio, quien por conocido, arraigado y considerado en la zona es en sí mismo una institución y lo seguiría siendo aunque no tuviese su sierra vertical, su balanza colgante, sus medias reses enganchadas en garfios de acero y sus cuchillas y sus chairas ordenadas junto a sus pilas de bofes, hígados, corazones, matambres y faldas en su sólida mesa de mármol de su su su su local.

Por estos motivos evito la mentira: por experiencia, y por ateísmo. Si hubiese Dios, yo podría mentir y hacer el mal confiando en un gran árbitro que cuando se complican las cosas interviene de una u otra manera para restablecer el orden y la lógica sin la cual la convivencia humana se torna imposible. Pero, sin Dios, debo ajustarme a este modo de ser que muchos tildan de timorato, otros de negligente y que la mayoría resume con la metáfora que con frecuencia se oye en sus bocas al nombrarme: ¡Un ratón! Por eso no miento y por eso el relato de los hechos de Mantaneda y de otros que expone mi obra, y todo lo que narré en el *Primer Libro del Caminante*, se atenderá con precisión a los hechos. Ocurrió que:

Una tarde de junio de 1968 apareció la Virgen en Mantaneda. Yo soy ateo, creo haberlo contado, pero no puedo sino testimoniar la verdad de este suceso: apareció la Virgen tras una piedra cercana a la cornisa que da al valle del río del Porral, llamado así en homenaje a alguien que tuvo ese apellido. La primera en ver a la Virgen fue una niña sordomuda, que al instante subió al pueblo gritando:

—¡La Virgen, la Virgen en la piedra del río! —y nadie pudo creer lo que veían sus ojos: Teresita, sordomuda, hablaba y hasta escuchó cuando detrás de ella alguien preguntó:

—¿Dónde?

Y se volvió hacia él la sordomuda que ahora escuchaba y habló:

—Allá, en la piedra de la cornisa del lavadero. —(Así llaman al río estas gentes tan simples.) Y todos fueron hacia la

piedra y yo lo supe de inmediato, porque sentí pasar hombres a caballo y un par de tractores a toda máquina frente a nuestro observatorio astronómico, y el técnico de UNESCO preguntó a uno de los que corrían a la par del tractor que arrastraba una chata cargada de campesinos y cosecheros golondrina movidos por la curiosidad:

—¿Qué coños pasa en la ciudad que todos corren para allí?

—Está la Virgen, dicen que está la Virgen en la piedra del lavadero...

Y el hombre de UNESCO volvió a nuestro gabinete y repitió su diálogo con el campesino como si no hubiésemos oído a través de la ventana del laboratorio el griterío de los hombres de la chata repitiendo:

—¡La Virgen! ¡Ven, coño, vamos a ver a la Virgen en la piedra de Mantaneda!

Y entonces, como obedeciendo a una consigna, mis compañeros abandonaron el laboratorio y se agregaron a la caravana de curiosos dejándome solo. Yo preferí concluir los cálculos pues esa noche estaba prevista una importante fotografía de Rigil Kent para la que habían venido esos técnicos de la UNESCO en una comisión que costó una fortuna. Esos hombres, que durante semanas esperaron la oportunidad del registro de Rigil Kent (que a medianoche se alinearía con Saturno y cuya luz debería sufrir una leve distorsión por el campo gravitatorio del planeta), en lugar de completar los cálculos y la puesta en orden del instrumental, se lanzaron al pueblo para ver la aparición de la Virgen, lo que me corroboró algo que siempre sospeché: no importa cuánto esfuerzo haya costado a un hombre cierta misión ni cuánta responsabilidad cargue sobre sus hombros, hay circunstancias en las cuales la tendencia natural del humano a congregarse y redundar sobre las mismas cosas en las que su especie dilapida el tiempo desde la Era de Bronce puede más que cualquier responsabilidad, misión o esfuerzo acumulado en pos de una finalidad más razonable.

Poco me interesa a mí el experimento de Rigil Kentauros y, aunque siempre subestimé la física y la astronomía, los pocos conocimientos que disponía no bastaban para saber que la medición de ese haz de luz alterado por la gravitación de Júpiter (o Saturno; creo que era Saturno) era un ejercicio académico, apenas útil para que algún investigador europeo descansase de su mujer, contrabandee un par de objetos de arte americanos y concluya agregando una nueva monografía a su currículum. Pero hacía tres meses que estaba colaborando en el observatorio de Monte Porrail y era un empleo agradable que me permitía largas horas de paz entre la una y las seis de la tarde, buena habitación y una cocina bien provista, y tanto había pensado en el experimento que ahora yo estaba más interesado en el asunto que los astrónomos y los especialistas de UNESCO, con sus equipos de óptica y fotografía únicos en el mundo, sus planes de volver a casa con recuerdos vendibles a buen precio en los mercados de arte de París o de Roma, y sus ilusiones de concluir una monografía que impactara al público de los congresos, cátedras o simposios a los que es adicta esta clase de gente.

Así que me quedé cotejando los cálculos y ajustando el instrumental del observatorio en la escala de mis posibilidades técnicas, que no eran muchas, y recién cuando di por concluidas las planillas y sus ajustes miré el cronómetro de pared. Eran las nueve y pico, había oscurecido y faltaban casi cuatro horas para el instante de la medición, del "experimento", según decía el físico que junto a los astrónomos y el ingeniero del observatorio se había lanzado al pueblo por la cuestión de la Virgen, dejando a un caminante argentino a cargo de decisiones sobre un tema que quienquiera lo hubiese tratado por un par de horas adivinaría que le importaba tanto como una calabaza de macahue arrojada a los chanchos semidomésticos que rondan el bosquecillo vecino al observatorio Humboldt del cerro del Porrail. En efecto, chanchos semidomésticos, amistosos y negligentes, pululaban por nuestro bosquecillo, quizá porque

configurábamos la única comunidad humana que no se cuestraba sus crías para asarlas, o tal vez porque consumíamos conservas llegadas de la capital, produciendo una clase de residuos muy atractiva para los paladares de estas bestias, ávidos de cualquier sabor que modifique la rutina de su hábitat.

Pero mis compañeros se habían ido al pueblo, y al concluir los cálculos también yo me sentí acicateado por la curiosidad de la Virgen. ¿Qué sabía yo? ¿Creería yo en una Virgen aparecida? ¿La corroboración de su aparición por mis ojos o por mis oídos abiertos a alguna de las pocas voces dignas de crédito del pueblo modificaría en algo mi relación con la fe, los milagros, los dioses de las gentes y las vírgenes en general?

Pero también me acicateaba una profunda curiosidad sobre mis compañeros que, en caso de no volver, harían peligrar un experimento que sólo cada trescientos años puede realizarse con esos astros (Saturno o Júpiter —creo que era Júpiter—, y Rigil Kent). Aunque en verdad, la bibliografía sobre astrofísica está superpoblada de informes de mediciones parecidas que concluyen en teorías en todo concordantes con la que aquella vez se esperaba probar, a partir de numerosas estrellas lejanas (Alfa, Denev, Denebola, Delta Crucis y Vinicius) y de no menos diversos vecinos nuestros (Sol, Luna, Marte, Venus, Urano, Mercurio, el Asteroide 77 —o 97, no lo sé— y Plutón).

Así, acicateado por la curiosidad, a las nueve y veinte decidí correrme a la ciudad por el tajo. El "tajo" era una vieja vía de trocha angosta que alguna vez sirvió para el desplazamiento de zorras con materiales para la construcción del observatorio y descendía del cerro en una aguda pendiente. Munido de un farol de batería, me di a marchar por ese camino semisalvaje que ahorra al caminante dos kilómetros de aburrida marcha en espirales bordeando el cerro.

Cuesta abajo, se me hizo más fácil la ruta que conocía como la palma de la mano. Tropecé con un gran chanco que dormitaba entre los rieles: ambos nos asustamos. Él corrió a refugiarse entre las cañas que camuflaban el zanjón